

El popular

==== Año XVI ==== Cabra 12 abril 1933 ==== N.º 766 =====

La tradición que se pierde

LA SEMANA SANTA

Cabra, sin Semana Santa. Un año más sin sus fiestas famosas. La ciudad pacífica por excelencia; el pueblo que ha dado ejemplo de sensatez y cordura, no quiere volver a vivir aquellos días en que la tradición egabrense se mostraba en sus fiestas maravillosas de Semana Santa, todo luz y color; todo belleza y arte. He dicho que el pueblo no quiere, y por dura que nos parezca la frase, así es la realidad: el pueblo no quiere sus fiestas de Semana Santa. Y no es que rechace aquellas fiestas; no es tampoco un sentido opositorista, ni de avance radicalismo, el que impide celebrarlas. Es la apatía egabrense la que deja perder esta tradición en la mayor de las indiferencias; esa apatía, esa indiferencia que como mal endémico devora a la generación actual, y que como consecuencia inmediata, deja marchar al pueblo a la deriva con sus errores, con sus indiferencias, con sus apatías.

Y es que Cabra vive una generación, que sin preocuparse del futuro, sólo cuidando del presente, no piensa en el pasado glorioso de la ciudad, para mirar en aquel espejo de nuestra grandeza, para conservar la tradición de siglos que en tantos aspectos nos legaron nuestros antepasados y que hoy se va perdiendo poco a poco, lenta, pero seguramente, no sólo bajo el punto de vista religioso, del que nos ocupamos hoy, sino también en las diversas manifestaciones del latir egabrense.

De ahí que los egabrenses amantes de nuestra tradición —la tradición del arte, de la belleza y del color local; no la tradición de las banderías y de las luchas políticas— sintamos

la desaparición de todas aquellas fiestas—profanas o religiosas—que teniendo un profundo sentido de belleza, de arte o de costumbrismo local se celebraban aureoladas con un prestigio de siglos. Y tal era, entre otras que vemos desaparecer, la Semana Santa egabrense; el homenaje que Cabra creyente y artística rendía al supremo sacrificio del Gólgota.

Y la tradición egabrense vino festejando con todo esplendor el advenimiento de la Semana Santa. No había importado hasta aquí, cómo hubiera evolucionado el hombre, ni las transformaciones que hábitos y costumbres hubiera sufrido en el transcurso de los días; era lo cierto, que la tradición seguía teniendo resonancia en los espíritus. En medio de quebrantos morales y de hondas crisis, todavía el hombre tenía entusiasmo para conmemorar el suceso divino que produjo al más noble y puro de sus redentores: al Dios de la Cristiandad inmolado en el Gólgota.

Y el fervor popular, la tradición egabrense de siglos, hizo de las fiestas de Semana Santa, todo un poema de sabor local, de belleza y de arte. Y el pueblo se enorgullecía de ellas; era actor voluntario o espectador complacido, pero en uno y en otro caso ponía todo el amor de egabrense por el mayor esplendor de nuestra Semana Santa; Semana Santa que era reliquia de un arte, que transformó las iglesias, en el decurso de los siglos, en museos permanentes; Semana Santa que era maravilloso cuadro de luz y de color, junto a la belleza inimitable; Semana Santa que era todo un poema de rancio sabor egabrense, con motivos pintorescos y regocijantes, pe-

ro con pasajes sublimes donde el fervor del católico se desbordaba en lágrimas, y donde la admiración de los más extraños a las fiestas o al sentimiento religioso, no podían por menos de exteriorizarse con la emoción de lo sublime, de lo incomparablemente bello.

Y sin embargo todo esto se ve desaparecer; es otra tradición que se pierde. Se nos dirá, no obstante, que en los templos y en las iglesias se sigue rindiendo el homenaje debido, en solemnes cultos. Pero eso no es precisamente lo que sentimos desaparecer. Es el homenaje popular, las fiestas callejeras; las procesiones maravillosas; las escenas bíblicas de la Plaza Vieja, en el *Paso* famoso; el arte y la belleza que se fueron tejiendo al calor de estas tradiciones.

Y la tradición se pierde, de un año henchido de fervor y de entusiasmo, pasamos a otro, en que, sin nadie impedirlo, Cabra en silencio, tiene oculta la cruz, guarda el oro de sus procesiones, enrolla el poema de sus saetas, y las cornetas y los tambores, y las túnicas y los capuchones, permanecen olvidados, en el desván de la apatía y de indiferencia.

Y no es posible vivir en esta completa indiferencia de espaldas a la tradición, que es matar el progreso, que es borrar el sello particularísimo que nuestra ciudad imprime a todas sus cosas. Hacen falta corazones egabrenses que levanten estos sentimientos haciendo desaparecer la apatía y la indiferencia que tienen a la ciudad dormida sobre sus propias glorias. Hay que inculcar en todos los pechos el sentimiento egabrense, el deber y la reponsabilidad de velar por la tradición; porque

ya son muchas cosas las que vemos desaparecer sin un grito de protesta, sin un propósito de enmienda.

Hoy tiende a desaparecer la Semana Santa; de seguir con esta indiferencia y esta apatía, otras cosas veremos perder, sin un lamento, sin un clamor público y unánime.

Estampas líricas

Jueves Santo

En el arco, la claridad de la tarde. En el aire del anochecer, el olor de la tierra, de las flores, del agua, de los vahos que se levantan al declinar el día. El crepúsculo se ha alargado hoy de una manera misteriosa. Ha traspuesto el sol las montañas, y en el arco ha quedado largo tiempo una gran claridad.

Sobre el horizonte ha crecido un difuso fulgor de ámbar pálido que se desvanece en una vercosa luminosidad de jugo de olivas. A medio cielo queda como una opacidad de muertas turquesas, mientras el cielo alto se vuelve cada vez más azul, más profundo, más cristalino. Algún cendal azafranado flota sobre ese azul cada vez más intenso; tan intenso, que parece ya de llamas de azufre. Se empiezan a encender maravillosamente luceros de fósforo y claveles de pedrería. En el arco un halo de ámbar pálido ha quedado en torno a la cabeza de Jesús, aunque ya se ha hecho noche. Entre la cabeza de Jesús y una estrella se ve la cabeza del Discipulo amado, que viene a reclinarsse lentamente, con la lentitud del amor infinito... Pero ahora, en esa ventana del inmenso templo, abierta por olvido, esta visión se desvanece. La noche ha caído con su cerrada obscuridad sobre los altares desnudos y apagados. Sólo de una capilla lateral sale un gran resplandor ardiente y

dorado. Es ya noche. El templo, de una geológica grandeza en las tinieblas, se ha llenado de una desordenada multitud que se apiña para sentarse en las basas de las columnas y en las gradas de las escalinatas, y forma acá y allá círculos y grupos que se reposan como los círculos y grupos de una mística peregrinación, como un trasunto verdadero del género humano. Se reposa y espera en la fatiga secular de su esperanza,

del prendimiento y las patéticas efigies de la Dolorosa, de San Juan y de la Magdalena, que iban con su puro y mudo dolor tras de los multiformes misterios esculpidos. Desde que entraron los tropeles parece que ha pasado un siglo.

Aquí nos quedamos—humana y popular muchedumbre—, en el templo terrible y entrañable como nunca, para tenernos compañía. Una viejecita solloza en un rincón de sombra. Un monje reza desde el púlpito. Unos novios pasan; ella, bella y pálida, con una palidez en la negra seda que debiera oler a azahares. Llegan crecientes los murmullos de rezos, el ruido de monedas de la capilla lateral iluminada. Al salir afuera hay un cielo de estrellas claras y un poco de frío; el frío húmedo del río al pasar el puente. En esa tradicional orilla de la ciudad se ve un noble palacio iluminado, por cuyos salones, de amarillo damasco, se ha visto pasar a una dama—casi una niña—vestida de azul pálido.

Nunca

se ha visto en Gabra una colección tan extraordinaria en

Tejidos y Novedades

como la que para
Semana Santa
y Primavera

ha traído la única casa que no admite competencias en precios y en calidades.

El Siglo

en el umbral amoroso y trágico de la redención. En el fondo de su pena canta, como en la hondura de una sima, la profundidad secreta del júbilo. Han entrado hace más de una hora los «pasos» de grandes y dramáticas imagerías, los cirios verdes, los encapuchados, los faroles, los guardias del pretorio, los hermanos.

Se han hundido en sombrías capillas los apóstoles de la cena, el árbol y el Cristo de las Olivas, los tropeles barrocos

Lubricación perfecta

Es lo que necesita su AUTOMÓVIL y esta garantía se la da

Georgia Oil

que ya tienen demostrado en más de veinte años que trabaja en España que SU CALIDAD ES UNIFORME, en cinco tipos bien estudiados por personal especializado en la fabricación de lubricantes, U. S. A.

Exíjalo a su proveedor en latas litografiadas y PRECINTADAS

Representante depositario en GABRA

Miguel Pérez Chacón

Alonso Uclés, n.º 20

Teléfono núm. 37 X

CENTENARIO GLORIOSO

En estos tiempos en que la humanidad multiplica las fechas conmemorativas y los homenajes se suceden con tan pasmosa celeridad como poco fundamento en la mayoría de los casos, aparece uno muy grato y que debe resultar provechoso al corazón: el XIX Centenario de la Redención del humano linaje, obra divina que, tras cruenta Pasión, fué consumada por Jesucristo.

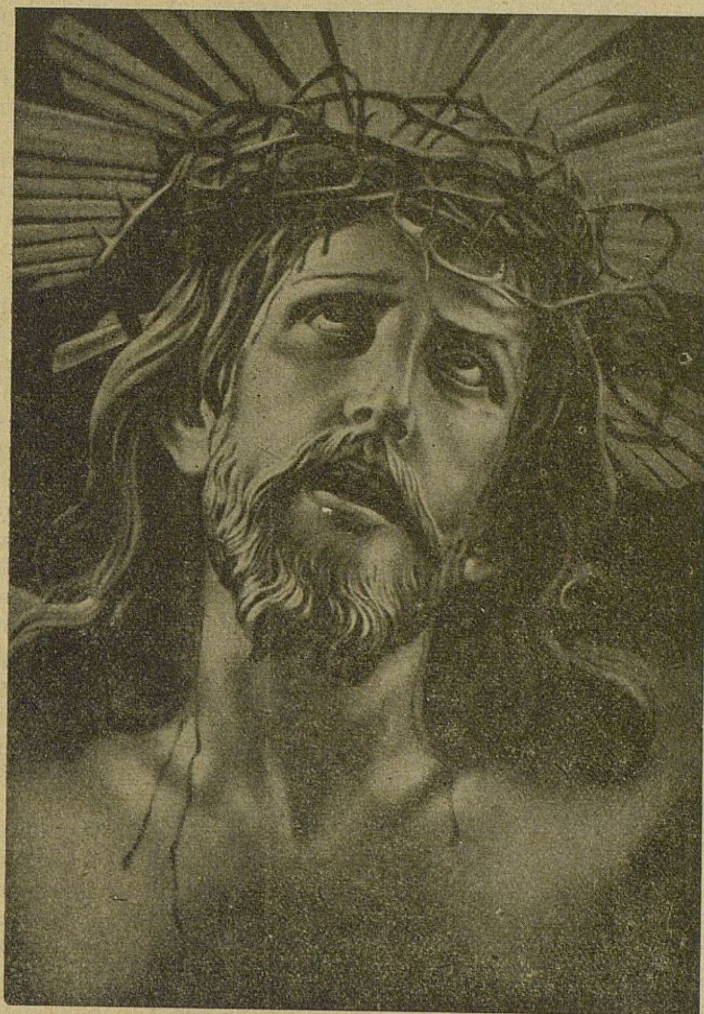
De ahí que su celebración sea universal y razonada, por abarcar al ecumene y ser poderosos los motivos que la justifican. Cristo redimió al mundo al elevadísimo precio de su sangre, que prodigó con generosidad, para que todas las almas quedaran exentas de las culpas, que les impedía alcanzar su Patria verdadera. La fuente de la gracia—antes seca y cerrada—se convirtió, después de su muerte redentora, en manantial inagotable de consuelos, de esperanzas y de virtud, donde el espíritu—prisionero en la humana arcilla—aplacaríay podría saciar su sed de perfección.

Es el sacrificio más grande que registra la Historia, heroísmo sin par, abnegación no igualada, que merece hondo agradecimiento y mayor ternura, para que, aunque pobre y mezquina, sea sincera nuestra correspondencia ante el imponderable beneficio recibido.

De modo que sólo por gratitud debíamos festejar la fecha centenaria, pues no fué merced

de poderoso, ni dádiva de rico, ni granjería de influyente lo que se nos concedió y que se suelen dar con el mínimo esfuerzo y producen el máximo reconocimiento; fué la inmolación del Cordero Inmaculado por el inagotable amor que nos profesa, luego de padecer acerbos dolores, crueles sufrimientos y múltiples torturas.

Y precisamente es de actualidad la conmemoración, cuando



se persigue con labor constante y malvada el que la sociedad se aparte del Maestro de las más sublimes y salvadoras enseñanzas y que los individuos arrojen de sí los principios religiosos, con los que la moral cristiana sufriría grave quebranto. Para contrarrestar estos solapados trabajos y encubiertos propósitos nada mejor que celebrar con dignidad y grandeza espiritual el Centenario de la

Redención, que probará de modo ostensible que Jesucristo es y será—pese a sus contradictores—el eje del Mundo, la causa impulsora de los adelantos civilizadores, la fuerza motriz de los progresos científicos, el cimiento incommovible de la paz social, la raíz creadora de la cultura y el origen positivo de todos los altos y buenos sentimientos. Impera en las inteligencias por ser la Verdad única e

inmutable y en los corazones por ser el Amor puro e infinito.

Hay que demostrar, públicamente, que lo mismo que el amado Jesús ofreció su vida por todos en el ara infamante de la Cruz, que desde entonces es el más santo y el más augusto de los símbolos, su soberanía lo abarca todo y que con gusto se acata su poder misericordioso, siendo fieles seguidores de su ejemplarísima doctrina.

Sea, pues, para nosotros este Centenario no una fecha más conmemorativa, sino de glorificación al Hijo de Dios y ningún medio más oportuno de expresarla que procurando el mejoramiento de vida espiritual, con actos

de penitencia, ejercicios de reparación, fervorosas plegarias y repetidas mortificaciones que nos hagan avanzar en el camino de la virtud, avance que será el testimonio más elocuente de gratitud por el inmenso bien que nos proporcionó el ser redimidos y la mejor prueba de amor que podemos ofrecer a la gigantesca y admirada figura de nuestro adorado Redentor.

MANUEL MOZAS MESA

Motivos Líricos del Viernes Santo

Las tristezas de la Madre del Crucificado

*"Detrás del sepulcro va
la estreya más reluciente:
sus ojos parecen fuente
yorando la Soledad."*

(Saeta popular.)

I

Noche andaluza, viva y traspasada
de sollozos, luceros y cantares;
palpitación profunda y desmayada
de un corazón florido de azahares...
Varal de plata y sayo penitente...
Fiebre en la entraña, y en la carne,
[frio...
Y, hervorosa de estrellas, la corriente
sonora, y grave, y funeral del río,
bajo la comba impávida del puente...
Zumbido sordo de avispero humano...
Ardiente beso y penetrante espina...
El alarido trémulo y lejano
de un militar clarín, a la sordina...

En donairoso andar, cenceño talle
y en pestañas de seda, negro velo...
Altar, cada balcón y cada calle,
un camarín como cúpula de cielo...
Lagrimiente y tembloroso cirio...
Surco de ojera y nardo de mejilla...
Carnal magnolia y angustiado lirio
bajo la negra red de la mantilla...
¡Viernes Santo español!... Naranja y
[cera...
Salcillo y Montañés—lágrima y tre-
[no...—
Olivo amargo y cálida palmera
velando la Pasión del Nazareno
bajo una luna azul de primavera...
Y detrás del Sepulcro de cristales
que muerto lleva al resplandor del
[día:
abriendo con sus lágrimas canales
al alabastro de la tez sombría,
¡la Soledad doliente de María

que, entre un bronco resuello de tim-
[bales,
recibe siete espantos de agonía
en siete finas puntas de puñales!...

II

Brasa divina en fogarín humano,
con un rotundo y español latido,
en ardorosa y levantina mano
la gubia colosal del Torrigiano
cobra español y popular sentido,
por mitad extasiado y dolorido
y, a la vez, andaluz y castellano.
(Castilla—humano tono, agria vehe-
[mencia,
contorsión y tensión, herida y llaga—
Andalucía—clara transparencia,
reposada y magnífica elocuencia,
donde la antorcha de la acción se
[apaga —.)

Lacial sarmiento de uva levantina,
y en levantino hogar tronco italiano,
Salcillo plasma su ansiedad divina
en los troqueles vivos de lo humano.
Tortura, sí; mas celestias tortura;
lágrima sobria y grito contenido;
resignada quietud, y, en el gemido,
antes que la protesta, la amargura
silenciosa y fatal del Bien perdido...
Densidad de dolor... Pasión callada;
sentimiento caliente y solitario;
en leve pluma, ponderosa espada;
y desmayado velo de sudario
velando con caricia desmayada
las vírgenes pupilas, relicario
de la reliquia azul de la mirada
que vió alzarse la Cruz sobre el Cal-
[vario...

Dorado «paso» y rútilas farolas...
Crisol humano del dolor divino...
¿Qué vivas y candentes aureolas
os nimban de ese encanto peregrino,
pálidas Dolorosas españolas?...
Glosa en madera del supremo drama,
enlutada, llorosa y sensitiva,
cada imagen doliente es una llama
dramática, eficaz, callada y viva...
Llanto materno y maternal ternura
—caricia alada y trágico aletazo—
acogen la divina levadura
del Pan del Hombre-Dios, en el regazo
que ha de acunar la humanidad futu-
[ra.

Y así, en la noble ejecución severa
que es temblor y equilibrio, paso y
[vuelo,
cada viruta es un rizado anhelo
que, trasmutando en alma la madera,
un paso es más que nos acerca al cie-
[lo...



Nuestra Señora de las Angustias

III

Platería y Trapería...
Jardín de Floridablanca...
Calle de la Frenería...
¿En dónde hay nieve tan blanca
como la Virgen María?

Calle de Amargura alante,
la Madre de Dios yoraba...
Por ca gota de su yanto,
una asusena brotaba,
y de dolor y quebranto
la tierra se blandeba...

Madre de Dios, Madre mía...
Virgen del mayor dolor...
Siete puñales de plata
te parten el corasón...
¡Perdóname madre mía:
quien te los clava soy yo!

¡Blasoná de tanta hazaña!...
¡Moraito como er lirio
y en sus mano una caña!...
¡Este sí que es un martirio,
pedaso de mis entrañas!

Ar pie de la cruz la vi...
¡Yo le daba aquel dolor
y Eya yoraba por mí!

Pinos de aqueyos pinares:
¿pa qué le dísteis maera
a esta cruz de mis pesares?...

La negrura de la mora
no tiene tanta negrura
como er luto de la toca
que en el intierro de Dios
arrastra la Dolorosa.

Hombres, niños y mujeres:
venir y yorar conmigo...
A un Hijo de la vía
y me han matao a ese Hijo.
¿Dónde hay mayor agonía?...



Nuestra Señora de la Soledad

Nueve estreyas relucientes
se ensartan en mi corona:
si mis dolores son siete,
dos estreyitas me sobran.

Manos que aqueya garlopa
de mi José manejaron,
mis propios ojos las vieron
clavás por aqueyos clavos
que er corasón me partieron...

¡Soledá de mis soyoños!...
¡En mi cara hasen canales
las lágrimas de mis ojos
y no encuentro quien me ampare!

IV

¡Viernes Santo español!... Naranjo
[y cera...
Salcillo y Montañés—lágrima y tre-
[no...—

Olivo amargo y cálida palmera
velando la Pasión del Nazareno
bajo una luna azul de primavera.
Y detrás del Sepulcro de cristales
que muerto lleva al resplandor del
[día,
entre un bronco resuello de timbales,
¡la Soledad doliente de María
recibí siete espantos de agonía
en siete finas puntas de puñales!...

MANUEL DE GÓNGORA



AL ANOCHECER

En la vereda solitaria se encontraron a la puesta del sol los dos hombres del pueblo. Venían en contrarias direcciones. El uno regresaba de dar una ojeada a sus viñas, que empezaban a brotar; el otro había asistido, más bien curioso, al suplicio de cierto Yesúa de Nazaret, y bajaba de la montañuela para entrar en la ciudad antes que los portones y cadenas se cerrasen.

Se saludaron cortésmente, como vecinos que eran, y el viñador interrogó al ebanista:

—¿Qué hay de nuevo en la ciudad, Daniel? Yo estuve abonando mis tierras, que la primavera avanza, y he dormido en el chozo la noche anterior.

—Lo que hay—respondió el ebanista—no es muy bueno. Han crucificado esta tarde al profeta Yesúa. Te acordarás del día en que le esperábamos a las puertas de Sión y agitábamos ramos de palma y le alfombrábamos el paso con espadañas y hierbas olorosas. Yo no era de los suyos, pero hacía como todos, que es siempre lo más prudente. No se sabe lo que puede ocurrir. La multitud estaba alborotada, y le aclamaban Rey. Y entonces me quité el manto y lo tendí en el suelo, para que lo pisase el asna en que iba montado el Rabí.

—Que por cierto era mía—declaró Sabas—. Mi gañán la dejó atada a un árbol, con su buchecillo, y los discípulos la desataron para el Rabí, a fin de que entrase en triunfo. Después me la restituyeron. Yo digo que son gente benigna y que no daña a nadie. Y el Rabí ningún suplicio merecía. Ha curado a bastante gente poniéndole las manos sobre la cabeza.

—¿Sería entonces, como muchos creen, el hijo de David?—dudó, pensativo, Daniel.

—No puedo contestarte—declaró Sabas, apoyándose en su cayada, frunciendo las cejas—. Soy un labrador, y no un doctor de la Ley. Cuando recojo mis racimos y los prensó en el lagar, y hago el vino rojo, y lo vendo, y lo cato, he cumplido la tarea que el Señor me impuso. Que el Rabí sea o no el Rey de los judíos, y hasta el que ha de sentarse a la

diestra del Padre, como diz que anunció su primo Yokaanam, el que degollaron por malas artes de la Tetrarquía, es cosa que no me incumbe resolver. Pero Yesúa me parecía inocente, y fué abuso y demasía enviarle al patíbulo.

—Pienso lo mismo que tú, Sabas—confirmó el ebanista—. No hallo en él culpa, si no es culpa apiadarse de los hombres. Y el Pretor era de nuestro parecer. Hay gente que no está contenta si no persigue... Los fariseos...

—Mira si alguien escucha, y no nombres...

Daniel lanzó una ojeada en derredor, y como a nadie viese en los agros vecinos, iluminados por la luz violeta de un Poniente desleído en lívidas tintas, continuó:

—Los fariseos son aficionados a suplicios. Desde que Sión se halla sometida a los extranjeros, he aquí que se ha vuelto más crue! el Sanhedrín.

El viñador escuchaba preocupado. En su espíritu nacía una inquietud. ¿Cómo había sido lo del Rabí? ¿Tardó mucho en morir? ¿Qué dijo?

—Yo—explicó el ebanista—me hallaba en mi taller labrando, por encargo del Pretor, un triclinio, y nada supe hasta que un tumulto de gente pasó por delante y oí el patear de los caballos y un ruido sobre las losas de la calle, como si arrastrasen un leño. Era el Rabí, que portaba su propia cruz y no tenía fuerzas para soportarla, hasta que le ayudó Simón de Cirene. Salí a la puerta. Si no me dijese algunos del gentío que era Yesúa, no le conociera. ¡Tan demacrado, tan ensangrentado y amoratado la faz! Ya sabes que la tenía muy bella, y unos rizos, como la flor del jacinto, apretados y oscuros. Ahora, su mechina era un pegote polvoriento, bajo la corona de ramas de espino entretejidas, que le laceraba la frente.

—¿Corona?—inquirió Sabas—. ¿Por qué corona?

—Bien se ve que te pasas el año en tus heredades y tus viñedos... A Yesúa le pusieron por mofa insignias regias. Corona, manto de púrpura, un centro hecho de cañas. Y sobre su cruz

había un letrero que decía, en tres lenguas: «Jesús de Nazaret, rey de los judíos.» Por cierto que los Pontífices...

—¿No hay nadie?—receló Sabas, inquieto.

—Nadie... No temas... Los Pontífices no querían la inscripción así. Fué el Pretor... Y dijo cuando querían quitarla: «Lo escrito, escrito...»

—¡Oh, Daniel!—susurró el viñador—. Ahora temo yo... Mi aliento se acorta. ¿No será el hijo de David? ¿No será el que esperamos? Labrador ignorante soy; pero he oído decir que, en otro tiempo, el Profeta Isaías anunció que nuestro Salvador sería llevado como un cordero a la muerte, y sufriendo y muriendo sin resistir, nos redimiría. Si; esto se lo he oído repetir a mi padre, que era un varón entendido y leía las Escrituras.

—Como un cordero le llevaron, efectivamente—afirmó Daniel—. Arrastrado, con una cuerda al cuello. Las mujeres lloraban a gritos en mi calle. Y entonces yo me uní a la comitiva. Cayó varias veces; la cruz debía de pesar mucho; era de madera verde y recia. Eso lo entendemos los del oficio... No sé cómo llegó vivo al Gólgota. Hubo alguien que, conociéndome, me propuso que manejase el martillo cuando le clavaron manos y pies. Me resistí. Antes me dejó clavar yo. ¡Clavarle! Eso, allá los sayones.

—¿Gritó mucho?

—El, no. Sólo un gemido a cada martillazo. Los otros sentenciados aullaban. ¿No sabes? Eran dos salteadores, Dimas y Gestas.

—¿Que si sé? Ese Dimas me quitó cabras y las asó en el monte.

—Perdona a su alma—imploró el ebanista—. Yesúa le perdonó y le prometió el Paraíso, porque Dimas, agonizante, lloró sus pecados y creyó en el Rabí.

Por segunda vez Sabas quedó meditabundo. El velo de la noche que caía le oprimía como un sudario estrecho. Debían de ocurrir cosas solemnes a tal hora. ¿Cuál era la verdad? Y en su interior se alzaba la figura del Rabí cuando entró en la santa ciudad, caballero en el asna pacifi-

ca. Toda su actitud y su semblante destellaban amor. Su mano, muy blanca, trazaba bendiciones en el aire y las sembraba sobre la muchedumbre. Y ahora el Rabí colgaba de la cruz, con la cabeza caída sobre el pecho, cerrados los ojos. Sabas ya olvidaba su terruño recién labrado, los retoños tan frescos y verdes de las vides, que le prometían cosecha pingüe en el otoño. ¿Qué significaban los sucesos? No entendía bien. ¿Y si era el hijo de David? Dudoso, meneó la cabeza y pronunció lentamente:

—Daniel, ha llegado la hora de compadecerse de Sión. Se ha vertido la sangre de un justo. Esta noche, el sueño tardará en cerrar mis ojos, aunque estoy muy cansado del trabajo de todo el día. Yo no he cometido, a sabiendas, iniquidad; y con todo eso, mi espíritu se ha conturbado.

A su vez, Daniel notaba que el corazón le pesaba en el pecho como una piel. Había anochecido del todo y un soplo estremece-

dor se alzaba de las tierras que el rocío, lentamente, como lluvia de ligeras lágrimas, iba empapando. Un temblor repentino sacudió todo el cuerpo de Sabas, y, ya sin miedo de que le oyese nadie, exclamó:

— ¡Era el hijo de David, Daniel! ¡Era el esperado, el enviado! ¡Y le han dado muerte! ¡Ay de nosotros!

Alzando la voz a su turno, Daniel gritó:

—El ha dicho a las mujeres que le lloraban que llorasen por sí mismas y por sus hijos. Y él ha dicho también. «¡Felices los estériles, cuyos pechos no amamentaron!»

A un tiempo, los dos hombres del pueblo, el viñador y el artesano, sollozaron angustiosamente:

— ¡Ay de nosotros! ¡Ay de la ciudad! ¡Han matado al Rabí!

Mientras los dedos convulsos de Daniel rasgaban su túnica, las manos forzudas de Sabas herían su rostro y arrancaban puñados de cabellos. Y ambos se postra-

ron, la faz contra el caminillo pedregoso.

Cuando alzaron la frente, sin levantarse, entre el cielo y la tierra, como suspensas, vieron dos nubes blancas, prolongadas, de imprecisas líneas. En lo alto un resplandor tan tenue, que apenas se distinguía, dibujaba doble círculo luminoso, dos discos de oro pálido, casi invisibles. Alrededor de las nubes misteriosas flotaba una claridad como de plateada nieve, esparcida en trazos trémulos.

— ¡Son los mensajeros del Señor! — dijo en voz ahogada Sabas.

— ¡Los ángeles! — balbució Daniel.

— ¿No vez cómo se agitan sus anchas alas?

— ¿No ves cómo alumbra su cabeza?

Postrándose otra vez, imploraron:

— ¡Misericordia! ¡Nosotros no somos quienes le colgamos en la cruz!

— Nosotros le amábamos, esperábamos en él, aunque no lo sabíamos!

— ¡No nos sea imputada su sangre!

— No se nos cobre la cuenta de la iniquidad!

Como un soplo, una voz que parecía son de cítaras y arpas, les acarició el oído:

— No temáis. Resucitará el Rabí.

— Nolloréis. Saldrá del sepulcro.

Cuando se incorporaron, el blancor difuso había desaparecido. No se notaba sino el negror de la noche, cerrada, profunda. A tientas, envueltos en tinieblas, buscándose para abrazarse, los dos hombres del pueblo repetían:

— ¡El Rabí resucitará! ¡El Rabí resucitará!

V. P. B.



Santísimo Cristo de la Expiración

Cultos Cuaresmelas

Con inusitado esplendor y gran concurrencia de fieles, se ha celebrado en la Iglesia titular, el solemne septenario a Nuestra Señora de la Soledad.

El altar estaba exornado con verdadero gusto y arte, y la capilla que ha tenido a su cargo los cánticos ha estado acertadísima.

En la fiesta principal celebrada el Viernes de Dolores por la mañana, hizo un hermoso panegírico el Sr. Arcipreste.

Felicitemos a la Junta de la Cofradía de la Soledad por la brillantez de la novena de este año, felicitación que particularizamos en los hermanos mayores don Felipe Solís y doña Eduarda Ruiz.



El Viaje de la Muerte

por

Arturo Conán Doyle

—¡Basta, Brummer!—gritó el almirante agriamente.—Estamos aquí para oír al emperador y no para escuchar discursos izquierdistas. Pero, Majestad, esa acusación es grave, ¿cómo y cuándo os han engañado vuestros consejeros?

—En todos los momentos—dijo el emperador mordazmente.—Difícilmente hay una promesa importante hecha a mí o a la nación que no se haya probado ser falsa. Empecemos por vuestro departamento, almirante. ¿No es cierto que Vuestra Excelencia nos aseguró que si no hacíamos distinciones en la guerra por mar desde febrero de 1917, progresivamente mataríamos de hambre a Inglaterra y una vez fuera Inglaterra, ganaríamos? ¿No se repetía ésto una y otra vez? Estamos en noviembre de 1918 y ¿dónde está lo prometido?

—Las circunstancias han sido más fuertes que nosotros, Majestad.

—Un consejero sapiente debe prever todas las circunstancias. Y vos, von Berg, ¿no me asegurasteis vos y Ludendorf que cuando Rusia hubiera sido descartada y nuestros ejércitos del Oeste, llevaríamos a los franceses hasta París y arrojaríamos a los ingleses al mar?

—Ciertamente que lo dijimos, Majestad.

—No hay, pues, cómo calificar vuestras promesas. Todos aseguraban lo que decían y no hubo un solo jefe militar que no me jurara en 1914, que podíamos despreocuparnos de los ingleses por tierra; y díganme si en estos últimos

cuatro meses no nos han cogido ellos solos, más prisioneros y armas que los demás aliados juntos. ¿Podéis vosotros disculpar equivocaciones como ésas?

El gran soldado cerró los ojos.—Yo nunca menosprecié a los ingleses.

—¡Pero mis consejeros, sí! ¡Y los americanos! ¿No me dijeron los estadistas que no entrarían en la guerra? ¿No dijeron mis marinos que no desembarcarían un soldado en Europa? ¿No decían los militares que no tenían ejércitos que traer? Y ahora—levantando la cartera y agitándola sobre el Consejo—hay cerca de un millón de hombres y cañones americanos que erizan los caminos entre Montmedy y Confflans, la única línea de retirada de mis ejércitos del Este. Esto no debía ocurrir. Esto no podía suceder, pero ha sucedido. Es maravilloso que el pueblo no haya perdido la razón a cada fracaso de éstos.

Un general austero, delgado, que todavía no había dicho una palabra, terció en el debate. Su voz era fría, áspera, cortante. Hombre rutinario y de ideas fijas.

—Majestad, las recriminaciones están de más ahora. La cuestión es urgente y apura. Hay bolcheviques a quince millas de Spa y si caéis en sus manos no se puede predecir lo que ocurrirá. Vuestra vida peligra y la responsabilidad es nuestra.

—¿Qué me aconsejáis, entonces, general von Groner?

—Estamos todos de acuerdo, Señor, en que crucéis la frontera holandesa. El general von Heirtz sugirió este plan. Hay poca distancia y vuestro tren especial espera.

—¿Y dónde voy cuando cruce la frontera?

—Hemos adelantado tanto en esta gestión, Magestad, que hemos teleografiado al Gobierno holandés. No hemos recibido contestación todavía, pero no podemos esperar. Vuestro propio tren está preparado y lleva vuestra servidumbre. Lo demás irá más tarde. Permitidnos pronto saber que estáis en Eyden y nuestras imaginaciones estarán más lúcidas.

El emperador permaneció un momento en silencio.

—¿Y esto no parecería como que yo abandono mi pueblo y mi Ejército en el momento preciso?—dijo al fin.—Es mi honor personal el que hay que considerar.

—Tal vez, Señor, seáis llamado más tarde a rendir cuentas de cómo estáis actuando ahora—dijo von Groner.

—El honor de un hombre es asunto completamente privado y nadie puede asumir ni aminorar su responsabilidad—contestó el emperador.—Creo que aún puedo prescindir de usted, caballero. Ya me habéis comunicado todo lo que sabéis. Si esperáis un poco von Berg y vos, almirante, aun tengo algo para vosotros.

Los demás saludaron y salieron. El emperador avanzó hasta sus dos grandes servidores que se levantaron.

—En vos,—dijo poniendo una mano sobre el hombro del field-mariscal—y en vos, almirante, reconozco dos hombres que representan el honor del Ejército y la Marina y hasta cierto punto pueden ser jueces. Decidme ahora de hombre a hombre, como si yo no

fuera emperador ni vosotros mis súbditos. ¿Me aconsejaríais ir a Holanda?

—Os lo aconsejaríamos—dijeron a la vez.

—¿Creéis vosotros que procediendo así mi honor no se mancharía?

—Indudablemente que no. Ahora vamos a convenir los términos de la paz. El presidente americano se ha aventurado a decir que no trataría con vos. Todo se detendría hasta que os fuérais. Servís mejor al país sacrificando vuestros sentimientos personales y retirándoos de la escena. El emperador permaneció unos momentos con los párpados cerrados y el ceño fruncido. Al fin rompió el silencio.

—Vamos a retroceder cien años por una lección. Supongamos que el emperador Napoleón harena entregarse y resignar, ¿qué habría sucedido?

—Una guerra sin cuartel, una carnicería espantosa al cabo de la cual hubiera muerto o sido hecho prisionero.

—No me comprendéis. Supongamos que él nunca dejó el campo de Waterloo, sino que se arrojó al frente de su Guardia Imperial y pereció con ella. ¿Qué entonces?

—¿Qué habría ganado, señor?

—El nada tal vez. Para Francia, servir de ejemplo. Pero ¿no sería su recuerdo más grande? ¿No parecería ahora como un maravilloso ángel destructor que había posado su planta sobre la Tierra, si no nos hubiera desengañado el mortífero clima de Santa Elena?

El fieldmariscal movió su ruda cabeza.—Vuestra Majestad es mucho mejor estudiante de Historia que yo—dijo.—Yo creo que ahora tengo bastante que hacer entre las manos para retroceder cien años.

—Y vos, von Speer, ¿qué decís?

—Si insistís en que os responda, Majestad, diré que Napoleón debió morir en Waterloo.

El emperador le estrechó la mano.

—Sois un gran corazón. Ya tengo la seguridad de que mi honor quedará a salvo cualquiera que sea la determinación que tome. Pero hay algo por encima del honor. Hay un superhonor que llamamos heroísmo cuando un hombre hace más de lo que se le pide. Napoleón no se cuidó de ello. Y ahora adiós, caballe-

BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO

Capital: 100.000.000 de Ptas. - Reservas: 59.727.756'67 Ptas.

Casa Central en MADRID Alcalá, 14 y Sevilla, 3 y 5

OPERACIONES QUE REALIZA:

Cuentas corrientes - Consignaciones a vencimiento fijo.
Descuentos y negociaciones de letras sobre España y el Extranjero
Cesión de giros - Cobro de cupones y dividendos - Cartas de Crédito
Compra y venta de valores - Custodia de valores
Licencias y circulares para viaje - Cuentas de crédito con garantía de valores.

Cuentas de crédito con garantía de especies.

CAJA DE AHORROS. Intereses que abona: 4 % anual

Sucursal en CABRA: Juan Ulloa, n.º 19

ros. Tened la seguridad de que pensaré cuidadosamente cuanto me habéis dicho y os anunciaré mi decisión.

El emperador se sentó a la mesa con la cabeza entre las manos, escuchando primero el ruido de pasos con espuelas que se alejaba y las estridencias del pesado motor en marcha después. Más de media hora permaneció inmóvil, abstraído en sus pensamientos. De repente se puso en pie y levantando manos y rostro al cielo:

—¡Dios mío, dame fuerzas!—murmuró.—Tocó un timbre eléctrico y apareció el ujier.

—Decid al capitán von Mann que le espero.

Poco después un oficial de rostro joven y fresco y mirada inteligente entró en el aposento.

—Sigurd—dijo el emperador—se nos presentan gravísimos peligros por delante. Yo te desligo de todo compromiso conmigo. Por lo que he oído el príncipe Max de Baden, ya lo ha hecho con todos los alemanes.

—Yo no quiero ser libre. Vos seréis siempre mi amo y mi emperador.

—Pero yo no puedo envolverte en mi trágico destino.

—Yo quiero verme envuelto en él.

—¿Y si eso fuera la muerte?

—Aun así.

—Cuanto he dicho sólo ha sido hablando en sentido literal. Morirás si me sigues bastante lejos.

—No anhelo cosa mejor.

El emperador estrechó la mano del joven oficial.

—Entonces seremos camaradas en una gloriosa aventura. Ahora

sientate en la mesa frente a mí y discutiremos nuestros planes. Ningún suicidio innoble deshonrará al emperador. Hay otros modos más dignos de morir y a mí me toca encontrarlos.

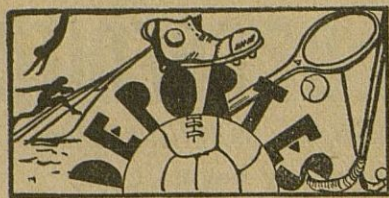
*
* *

Aquella noche en la estación de Spa ocurría una escena curiosa aunque nadie, fuera de sus tres actores la conocía. En el cuarto del jefe de estación que tenía la puerta cerrada y las cortinas echadas, tres hombres sentados alrededor de una mesa redonda se alumbraban con una lámpara que abatía su fuerte luz sobre sus cabezas.

Fuera, los trenes rechinaban, saltaban y rodaban mientras la batahola de los andenes probaba que reinaba la anarquía y la confusión. Sin embargo, a pesar de todo esto, el hombre cuya obligación era dirigir el movimiento estaba sentado en la mesa con tal cara de atontado que claro se le comprendía había olvidado el tumulto de fuera. El jefe de estación, Baunngarten, era un joven cumplido y dispuesto, como se necesitaba para el servicio de los jefes del Ejército y ahora prestaba toda su atención a lo que decía el más viejo de sus visitantes. Este hombre que al igual que su compañero vestía de paisano un traje gris, estaba estudiando un mapa de ferrocarriles mientras su compañero miraba por encima del hombro.

—Aquí no hay más que un cambio, Magestad—dijo el jefe de estación.

(Continuará en el número próximo)



ú t b o l

El domingo en Villa Lourdes.

Sporting Club, de Córdoba, 2

Club Deportivo Egabrense, 2

Quizá fuera posible que este encuentro tuviera algo de emocionante, a nuestro parecer, las cinco lesiones que se produjeron en su transcurso, ocasionadas la mayoría, por la brusquedad con que se jugó. De lo demás poco, un buen curso de juego que nos dieron los cordobeses, y una actuación bastante desconcertante de nuestro equipo, que no respondió en conjunto como otras veces, sino a trozos.

Los primeros en marcar fueron los sportinistas y con ello le dieron ocasión a los *hinchas* del Deportivo—incapaces de concebir una cosa justa—para que iniciaran las primeras protestas contra ellos y el árbitro. No había transcurrido mucho rato, cuando nuestra delantera se decidió a iniciar una arrancada que remató Paco Pérez imponente, dando en el palo, pero estaba allí la certera cabeza de Quero que lo mandó a las mallas.

El segundo tiempo tuvo las mismas características que el primero, y se consiguieron otros dos tantos, uno para cada bando, y al provocarse este nuevo y justo empate, decayeron los dos equipos que dieron por terminado el partido.

Quero, Solis, Paco Pérez y Luna; con los cordobeses Aniceto, Solé, *Pelao* y Fernández; fueron los que más hicieron sobresalir sus respectivos colores.

FLOVALÓ.



El Secreto del Doctor

Después de una semana con interesantes programas mudos, el domingo nos enfrentamos con un film de la Paramount: «El secreto del Doctor».

Es una equivocación grandísima hacer del cine un teatro, reduciendo el gran alcance del lienzo de plata, a los reducidos límites de un escena-

rio. Claro está que esta orientación del teatro hecho cine es económica para las empresas, pero al fin estarán condenadas al fracaso. El público al ver cine tiene derecho a exigir lo que el arte de la pantalla puede ofrecer con sus poderosos recursos.

La Paramount ha sufrido esta equivocación al rodar «El Secreto del Doctor» que es una comedia, estilo Honorio Maura, con tres actos clásicos—exposición, nudo, desenlace,—perfectamente definidos.

El asunto es bastante interesante. Una mujer que huye del marido para unirse a otro hombre. Cuando empieza la felicidad del nuevo hogar, un auto mata al amante. Un médico al comunicar la noticia, y al informarse de la situación de aquella mujer la aconseja deje la casa. Ella vuelve al hogar para impedir que la carta de despedida caiga en manos del marido. Una comida. Invitados, uno, el doctor que presenció el drama. Sorpresa. Escenas en que se cruzan las palabras como finos darnos. Desprecio del doctor hacia la mujer que juzga infame. Ella que recoge la carta, para después, ante las condenas del doctor, dejarla en el mismo sitio; pero aquel comprende el sacrificio de la mujer, rompe la carta... y la vida sigue su marcha, gracias al secreto del doctor.

Esto es lo único interesante del film, porque la interpretación fué por demás deficiente, desde la Zuffoli, hasta el último de los pocos personales, que intervienen.

Farmacia Pérez Arroyo

MUY SURTIDA

Laboratorio de análisis químico y bacteriológico

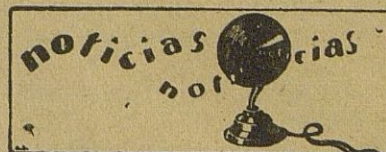
Pérez Arroyo

Análisis de orinas.
Análisis de sangre.
Análisis de esputos.
Análisis de Jugo Gástrico
Análisis de Aguas.
Análisis de Abonos.
Análisis de Vinos.
Análisis de Aceites.
Análisis Bromatológicos.

Plaza Alta y Baja, 8
(Esquina a Ballesteros)

LUCENA

CERVEZA Victoria



Natalicio

Felizmente ha dado a luz una niña, la señora doña Rosa Pérez del Mármol, esposa de nuestro querido amigo don José Guío y López del Pozo.

Nuestro parabién al matrimonio y familia.

Ascenso

Nuestro distinguido amigo don Enrique Bala Redecilla, Cajero de la Sucursal del Banco de España en Cabra, ha obtenido reciente ascenso en su carrera.

Con tal motivo le expresamos nuestra congratulación.

Operada

En la Clínica del Doctor Bastos, de Madrid, ha sido operada, la señora doña Eufrosia Escofet, esposa del Capitán de la Guardia Civil don José Argelés.

El feliz éxito de la operación hace concebir fundadas esperanzas de una pronta curación.

Porque tan halagüeña impresión se confirme pronto, hacemos sinceros votos.

Toma de dichos

En Estepa y ante el Sr. Párroco de San Sebastián, firmaron su contrato matrimonial en la noche del domingo último, nuestro querido amigo el Corredor de Comercio en Jerez, don Lorenzo Moreno Olmedo y la encantadora señorita Carmen Ravé García.

Testificaron el acta, por parte del novio D. Francisco González, D. Ricardo Molina, D. José Muñiz Arroyo y D. Pedro Moreno la Hoz, y por parte de la novia: D. Ramón García Domínguez, D. Francisco Suárez, D. José García y D. Rafael Lama Méndez de San Julián.

El acto celebróse en la morada de los padres de la novia D. Antonio Ravé, Registrador de la Propiedad de aquel partido, y doña Antonia García, quienes obsequiaron espléndidamente a los invitados asistentes.

Boda

En la noche del domingo anterior y en la Parroquia de Santo Domingo, contrajeron matrimonio nuestro buen amigo don Guillermo Llamas Reina y la simpática y bella señorita Concha Giménez Talero.

Bendijo la unión el Presbítero señor Pedrosa y apadrinaron a la nueva pareja don Antonio Busto y doña Asunción Reina.

Los invitados asistentes fueron obsequiados en casa de los padres de la novia nuestros queridos amigos don Rafael Giménez Ranchal y doña Filomena Talero, con la esplendidez en ellos peculiar.

Deseamos a la nueva pareja una luna de miel eterna.

MATANDO EL TIEMPO



Parece que va a celebrarse Semana Santa en Priego, en Rute, en Jaén. En casi todas partes.

Hasta los comunistas de Doña Mencía, querían sacar sus procesiones, pero como quemaron los Santos...

Y Cabra sigue opinando ¡que se lo den todo hecho!



Pero vamos a ver ¿dónde están aquellas legiones de soldados romanos, desde Augusto hasta Tiberio, pasando por los de Agustín y Pérez Polo?

¿Dónde aquellos terribles judíos de guante, que fué en sus tiempos blanco? ¿Se fueron a predicar a otras tierras aquellos apóstoles de largas melenas? ¿Qué ha sido de aquel encalado niño Isaac, único mártir de las fiestas, condenado al suplicio de ver su carne untada de extraña substancia blanca?

Y sobre todo ¿dónde están aquellas fuentes de pestiños?



Nosotros hemos hecho investigaciones sobre este cambio de criterio de las gentes.

Hay quien asegura que el no salir los romanos, judíos, apóstoles y demás milicias, es debido al deseo de lucir los magníficos y baratos trajes de El Siglo, tocándose la cabeza con los elegantísimos sombreros del gran surtido de la casa Velasco, y usando unos modernísimos calcetines y corbatas de la casa Modesto, que dan vaidos.

¿Será verdad? Pruebe y se convencerá.



Como estamos en pleno periodo electoral, el domingo hubo en el fútbol su poquito de ensayo general de

mitin. El *sol* hacía el papel de socialistas y el árbitro fué tomado por un Gil Robles.

Y menos mal que la única arma empleada fué la garganta en sus diversas manifestaciones.



También el domingo hubo música. Y un agradable estreno. El de unas magníficas sillas para la comodidad de nuestros artistas.

Como en el final de gacetas: - «Nos alegramos de esta innovación que deseamos redunde en beneficio de la clase».



El sábado de gloria va «El Desfile del Amor», en el Teatro. Ha tardado sus buenos cuatro años en venir.

Sin embargo parece ser que nuestra banda de música estrenará el pasodoble del *Desfile* allá por el año 1947.

Celebraríamos que tal se confirmase.



Hasta el momento en que escribimos estas líneas se han sucedido tres robos en el espacio de dos días.

En ninguno de los casos pudieron llevarse arriba de tres perras gordas.

Y nosotros preguntamos: ¿qué es lo que no hay en Cabra ¿dinero o ladrones?



¡Eh! ¿qué es lo que dicen ustedes? ¿que lo que no hay en Cabra es policía, ni vigilancia? ¿Que no? ¿Están ustedes seguros?

Pues bien; fíjense en este

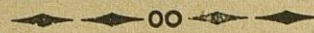
bonito número 45.892'30 que es la cantidad exacta en pesetas que cuesta al pueblo un paradójico capítulo de nuestro presupuesto municipal: *vigilancia y seguridad*.



Y vamos de números. Ahí va otro precioso; es 265.000 ¿que no saben ustedes quién es?

Pues es nada menos que S. M. el Reparto, cuyo cobro se avecina para alegría de nuestros contribuyentes a sueldo.

Y perdonen ustedes que un republicano dé el tratamiento de magestad al reparto, pero hay que reconocer que es una triste heren-

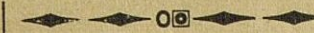


Si construye, compre

Uralita

Material muy práctico y económico.

En chapas y tubos



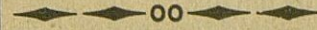
cia de la monarquía a quien lejos de aplicarle la ley de defensa, le dejan inflarse todos los años.



Tenemos en proyecto una encuesta.

Se tratará de averiguar el número de horas extraordinarias que van a cobrar los oficiales de barbería gracias a las bases aprobadas por un gremio que tiene dos concejales izquierdistas en el Ayuntamiento.

Con motivo del estreno de la película «El Secreto del Doctor» se produjo en el cine una calurosa discusión sobre el costo de la cinta, cuya acción se desa-



Si la política

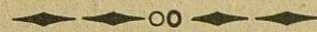
le quita el sueño es porque no ha pensado en el único remedio contra el insomnio. Vaya a

EL SIGLO

y verá cómo por poco dinero adquiere la mejor de las

Camas doradas o niqueladas

que con el somiers metálico NUMANCIA, convierte en un placer la necesidad de dormir.



rrolla por completo entre un diván y dos sillas.

Por fin se pudo llegar a un acuerdo: con lo que costó verla había para hacer diez películas como aquella, y con mejores artistas.



Se están criando en Cabra, arriesgados escaladores.

Al fomento de esta rara habilidad contribuye eficazmente el Club Deportivo Egabrense, pues a medida que sube las tapias para que no se cuelen *polisonas*, crece la habilidad y destreza de los arriesgados espectadores honorarios.



La Humana Muerte del Divino Hombre

Quedaron solos aquellos dos hombres. Con la mirada triste vieron perderse en la sombra las siluetas de las tres mujeres encapuchadas en su manto y en su dolor, y la del mancebo rubio que se tambaleaba como los ébrios...

Todo en torno suyo estaba misterioso de noche y palpitante aún de tragedia. En el fondo surgía el monte llamado de Gólgota, o lugar de la Calavera, erizado en su cima de hogueras y de las tres cruces, vacía la del centro.

Pero el aire estaba dormido y tibio el ambiente, tan oloroso a las fragancias vernaes.

El más viejo de los hombres, aquel que tenía la barba más de lino sin hilar que de sutiles hebras de plata, fué el primero que habló.

—Sentémonos aquí, amigo Nicodemo. El alma me sujeta los pies.

Se sentaron en un peñasco. Otra vez el silencio les envolvía, y sobre las frentes venerables era el hálito de los cercanos huertos como floridas coronas de primavera.

—¿Cómo esperar que resucite, amigo Nicodemo, si tú, como yo, le has sentido rígido y frío, abandonado para siempre de la vida?

—¿Y acaso no resucitó El los muertos? Bien puede así mismo resucitarse.

José de Arimatea movía tristemente la cabeza.

—Ya oíste cuando el pueblo blasfemaba y le decía: «Tú, el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios desciende de la cruz.» Y Jesús callaba...

—Pero a la hora de sexta se nubló la tierra y tronaron los cielos hasta la hora de nona en que se rasgó el velo del templo y se hundieron las piedras y resucitaron los muertos de los sepulcros.

—Pero antes le oíste decir con una voz que nunca olvidaré, porque me rasgó las entrañas como un rayo del cielo a un edificio hasta sus cuevas: ¿Eli,

Eli, Iamma Sabacthani? Y no llamaba a Elías como el vulgo creyó en un principio, sino quejándose a Dios del desamparo y abandono en que dejaban morir. Piensa también en sus discípulos. Sólo Juan, inconsciente como niño, y yo tan viejo y tan cobarde en mi fe que le llamaba maestro cuando nadie me oía, acudimos a descorgarle de la Cruz y a enterrarle. Los demás, viéndole muerto, tal vez se convencieran de que sólo Hombre fué el imaginado como Dios.

—¿Que El no oiga tus palabras, José de Arimatea, y si las oye te las perdone, por el amor con que le diste mortaja y paz eterna a su cuerpo! Recuerda que Judas, el traidor, acudió a los principes de los sacerdotes y a los ancianos a devolver las



En el Gólgota

Cruza el viento con lúgubre gemido desde el profundo valle a la alta sierra; obscurécese el sol, tiembla la tierra, rompe el trueno en horrisono estallido.

Buscan las aves con pavor el nido, y cuando Cristo sus pupilas cierra, la multitud cruel calla y se aterra ante el enorme crimen cometido.

El sol vuelve a lucir; la plebe inculta, recobrando su furia, nuevamente, al dulce mártir sin piedad insulta...

Vuelan sobre la cruz las golondrinas y al Hombre-Dios le arrancan de la frente con amor y respeto las espinas.

CELSO LUCIO

treinta monedas de plata que le abrasaban las manos, y cambiaron en muladar su alma. Y como eran monedas malditas, pegajosas de sangre, han comprado con ellas el campo que llaman Haceldama, para que sirva de cementerio a los hombres de otras tierras. ¿No se cumple acaso la profecía de Jeremías, que afirmó sucederían las cosas como han sucedido?

Iba a contestar José de Arimatea, cuando pasó ante ellos un grupo de soldados. Sus corazas chispeaban en la noche, y sus armas chocaban amenazadoras.

—¿Sabéis donde está el sepulcro de Jesús Nazareno?

Los dos viejos se alzaron llenos de inquietud.

—¿Para qué lo preguntáis?

—Porque vamos a custodiarle y a sellar la losa que le cubre. Ya sabéis que aquel impostor dijo cuando aún vivía y era libre: «Dentro de tres días resucitaré.» No sea que sus discípulos lo desentierren y muestren luego, al pueblo, vacío el sepulcro y digan que resucitó realmente. José de Arimatea se dejó caer sobre el peñasco. Nicodemo extendió el brazo y señaló hacia el Norte y el Poniente de Jerusalén.

—Allá tenéis el sepulcro.

Y cuando quedaron solos, se inclinó sobre José de Arimatea.

—No es a los discípulos a quienes temen. Es a El, porque presienten su inmortalidad..... ¿Y aún dudas?

José de Arimatea tenía hundido el rostro en las manos. Las lágrimas empapaban el lino de sus barbas.

Lejanos cantaban los gallos como en el momento de condenar Caifás a Jesús y de negarle Pedro. En lo alto del monte, detrás de las cruces, empalideciendo el resplandor de las hogueras, sonreían las primeras opalescencias del orto.

JOSÉ FRANCÉS